

## EL LABERINTO CATALÁN

*La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado.*

*La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, y reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas.*

Así rezan los artículos 1 y 2 de la Constitución española de 1978, aprobados, con amplia mayoría, por el pleno del Congreso el 4 de julio de 1978. Los miembros de la comisión parlamentaria que durante dos meses pulieron el proyecto constitucional, elaborado previamente por los “siete padres” de la Constitución, dedicaron buena parte de su tiempo y energía a debatir sobre cuál era la naturaleza de España. El resultado fueron los dos artículos antes citados, que dejaron satisfecha a la mayoría de los grupos parlamentarios. El ministro de Justicia, Landelino Lavilla reflejaba el sentir general: “España ha sido siempre una y varia. Y nuestra obligación es armonizar la unidad y la diversidad”. Y el presidente de dicha comisión, Emilio Attard, auguraba un futuro de concordia: “Esta Constitución permitirá nuestra definitiva integración”. Esta esperanza se cimentaba también en las declaraciones de los nacionalistas catalanes: Miquel Roca, uno de los “siete padres”, declaraba: “Yo diría que, finalmente, los catalanes hemos roto el dramático cerco de la singularidad. Cualquier proceso constituyente del Estado español

ha venido marcado por la reivindicación autonomista que Cataluña protagoniza (...) Desde mi perspectiva nacionalista no puedo dejar de constatar, no sin emoción, que hoy coincidimos todos en la voluntad de poner fin a un Estado centralista; coincidimos todos en alcanzar, por la vía de la autonomía, un nuevo sentido de la unidad de España; y coincidimos casi todos en dar al reconocimiento de la realidad plurinacional de la nación española el sentido de un punto final a viejas querellas internas”.

Y Jordi Pujol, el político más influyente en Cataluña en los últimos treinta años, recalcó en su discurso de defensa del texto constitucional: “Esta Constitución no debe presentarse como algo pobre o avaro, cuando en realidad está basada en la generosidad de todos”.

Cuando unos meses después la Constitución fue aprobada por un 90,46% de los catalanes, la cifra más alta de toda España, fueron muchos los españoles que pensaron que, por fin, el pesimismo de Ortega – “el problema catalán es un problema que no se puede resolver, sólo se puede conllevar”- había sido superado.

No sería así: 35 años después España se enfrenta, ante el desafío independentista catalán, a una de las mayores crisis de su historia, de consecuencias imprevisibles. Una vez más el encaje armonioso, y a satisfacción de todos, de Cataluña en España sigue sin cristalizarse, y a lo más que se puede aspirar es a “conllevarse”. Flanqueado por una corrupción generalizada y por el descrédito de casi todas las instituciones del Estado, el lastre de la Historia,

fraternalmente compartida según unos, violentamente impuesta según otros, sigue arrastrando a los españoles hacia un abismo que los independentistas han hecho coincidir con una fecha de gran significado histórico: 2014.

**En el principio fue un poema.** En el año 1833 un poeta de menor importancia, Bonaventura Carles Aribau, publicó un poema en catalán con el título de “Oda a la Patria”. Su intención no era otra que ofrecérselo como regalo de cumpleaños a su protector Gaspar Remisa i Niarous, también catalán y a la sazón director del Tesoro Real. El poema, publicado en un periódico de Barcelona, causó una fuerte impresión entre la comunidad intelectual. Aribau, que era un defensor del centralismo, no volvió a publicar nada más de mérito y pasó el resto de sus días trabajando para el gobierno y la monarquía de Madrid. Sin embargo, la semilla que su poema había plantado empezó a dar unos frutos que él jamás hubiera imaginado: un interés creciente por la lengua catalana y a través de ella un movimiento político de enorme trascendencia: el catalanismo. En 1859 se estableció un concurso anual de poesía: los Juegos Florales, que en 1877 verían la aparición de uno de los escritores más importantes de España: Jacinto Verdaguer. A él le seguirían otros como el dramaturgo Ángel Guimerá, el novelista Narcís Oller y el poeta Joan Maragall.

El pueblo catalán había vuelto a descubrirse a través de su idioma. Después de la unificación de España con los Reyes Católicos, la clase gobernante había adoptado el castellano como una señal del rango que

ostentaba. El catalán pasó a ser el idioma de los campesinos, y la cultura asociada con él entró en un período de marcada decadencia. Con Aribau y su poema se inició un renacimiento literario que consiguió, realzando la jerarquía del idioma, que las clases media y alta volvieran a adoptarlo como medio de expresión literaria culta. El interés por el catalán llevó a su normalización lingüística a través de la fundación del *Institut d'Estudis Catalans* y, cuatro años más tarde, la publicación de sus *Normes Ortogràfiques*. El investigador que más había contribuido a las *Normes* fue un ingeniero y filólogo, Pompeu Fabra, quien poco después también compiló un diccionario completo que se convertiría, tras su publicación en 1932, en la piedra angular del catalán moderno.

Todo este movimiento, conocido como la *Renaixença*, suministró la materia prima y el impulso para un movimiento político de fines del siglo XIX conocido como catalanismo. El catalanismo agrupaba a todos los que, creyendo en la entidad específica de Cataluña, ansiaban verla reconocida, bien como autonomía, bien como nacionalidad. Valentí Almirall, reconocido como padre del catalanismo y autor de *Lo Catalanismo*, fue esencialmente un regionalista, pero sus ideas cobraron un perfil más nacionalista con Enric Prat de la Riba, que aportó el primer programa político. Su Unión Catalana se convirtió en la primera organización en representar a partidos de diversas tendencias de la alta clase media, entre ellos la *Lliga*, que fue la más influyente.

Esta falta de cohesión estaba compensada con el profundo sentimiento de ser una comunidad diferenciada, un aspecto que no pasó inadvertido en Madrid. El primer intento de resolver “el problema catalán” tuvo lugar un poco antes de la primera guerra mundial, cuando el gobierno español autorizó a los gobiernos provinciales a formar mancomunidades con sus vecinos. Esta propuesta sólo la aprovecharon las cuatro provincias catalanas: la mancomunidad catalana duró apenas una década hasta su supresión por Primo de Rivera. Tras la caída del dictador, los partidos de la izquierda republicana española firmaron un pacto con los principales partidos nacionalistas regionales: el llamado Pacto de San Sebastián. En él acordaron que, si llegaban al poder, otorgarían gobierno propio a Cataluña, Galicia y el País Vasco. Sin embargo, el 14 de agosto de 1931, ya con el rey huido a Italia, los nacionalistas de Barcelona se desentendieron de la aplicación ordenada del gobierno propio y proclamaron una República catalana, como parte de una Federación Ibérica, a pesar de que ni ésta existía ni había planes de establecer nada parecido. El intento no tuvo éxito, pero dos años después el Presidente de la *Generalitat*, Lluís Companys, proclamó el Estado Catalán de la República Federal Española, proclamación que fue enseguida rechazada por el gobernador civil de Barcelona, también catalán, quien, tras declarar la guerra al nuevo gobierno, hizo bombardear las oficinas de la *Generalitat*. Companys se rindió junto con su gobierno, y las Cortes españolas suspendieron el parlamento catalán antes de designar un gobernador general en lugar de la *Generalitat*. El

juicio a Companys y su gobierno resultó en treinta años de cárcel, que no cumplieron gracias a la amnistía concedida por el Frente Popular cuando triunfó en las elecciones de febrero de 1936.

Con el restablecimiento del estatuto de autonomía antes del inicio de la guerra civil, Cataluña pudo recuperar gran parte del poder que se le había arrebatado en los años precedentes, pero no por mucho tiempo: tras el triunfo militar de los sublevados, Companys huyó a Francia, donde fue arrestado por la *Gestapo* y entregado a Franco. No siendo éste un personaje proclive a la clemencia, ordenó su ejecución en secreto. Después se supo que las últimas palabras del presidente de la Generalitat ante el pelotón de fusilamiento fueron: “*¡Visca Catalunya!*”

La victoria franquista desencadenó una campaña contra el idioma catalán sin precedentes. Se registraron casas editoriales, librerías y bibliotecas, tanto privadas como públicas, con miras a destruir todo lo que estuviera escrito en catalán. La colección de Pompeu Fabra, de un valor incalculable, fue quemada en la calle; se pusieron nombres castellanos a pueblos y aldeas, aunque a veces éstos no tuvieran ningún sentido: Figueres (Higueras, en catalán), pasó a llamarse Figueras, que no quiere decir nada ni en catalán ni en castellano. La opresión franquista llegó a estos y otros extremos: la calle de la Virgen de Montserrat, patrona de Cataluña, se convirtió en la calle del Redentor, y la Biblioteca de Cataluña, en Biblioteca Central. Hacia mediados de los años cuarenta se autorizó la publicación de libros en

catalán y la representación de obras teatrales en ese idioma, pero siguió prohibido en la radio y en la televisión, así como en la prensa diaria y en las escuelas.

Esta triste situación ayuda a comprender el entusiasmo con que el pueblo catalán acogió los cambios que se sucedieron tras el final de la dictadura: la restauración de la *Generalitat* en la persona de su presidente en el exilio, Josep Tarradellas, y la promulgación de la Constitución y el Estatuto. Tarradellas, durante sus cuarenta años de exilio comprendió que el régimen de Franco había castigado a todos los pueblos de España, de los que innumerables exiliados eran prueba patente. Vino con espíritu de conciliación, marcando las diferencias entre el dolor y el resentimiento derivados de los agravios sufridos bajo la bota de Franco y el victimismo al que en tantas ocasiones se acogen los políticos nacionalistas para sus reivindicaciones: “La idea de que Madrid tiene la culpa de todo lo que nos pasa es un gran error que sólo nos lleva a desastres. Madrid tiene la culpa de muchas cosas. Es normal. Es el poder que está allá. No lo hemos de vencer con una crítica desatada, sino con nuestra razón y nuestra unidad”(1).

Tarradellas estuvo al frente de la Generalitat sólo tres años, hasta 1980. Su popularidad, dentro y fuera de Cataluña, fue extraordinaria. En un viaje que hizo antes de dejar el cargo por Murcia, Aragón y Castilla fue aclamado como si de un ídolo de masas se tratara. Se reconocía así su labor de reconciliación, su esfuerzo por lograr la concordia.

**¿Un aliado fiel o un caballo de Troya?** El 8 de mayo de 1980 Jordi Pujol, un político de condición y talante muy diferentes a los de su predecesor Tarradellas, se convirtió en el 115 presidente de la *Generalitat*, una institución cuyos orígenes se remontan al siglo XIV. Luchador por las libertades democráticas durante la dictadura, hizo de la defensa de lo catalán una forma de vida, no muy diferente de una religión. De hecho, en su juventud mostró un catolicismo de espíritu misionero, yendo a explicar durante los años 50 el catecismo y a hablar de Cataluña a los inmigrantes que llegaban en busca de trabajo. La ocasión de mostrar su temple, de aunar sus ideales con sus actos, le llegó con una visita que Franco hizo a Barcelona en mayo de 1960. Se organizó un concierto en el Palau de la Música para rendir homenaje al poeta catalán Joan Maragall en el centenario de su nacimiento, en cuyo programa se propuso que se cantara el *Cant de la senyera*, un himno a la bandera catalana, compuesto precisamente por el propio Maragall. La negativa, a última hora, del gobernador civil exaltó a los pocos demócratas que asistieron al acto, quienes puestos en pie entonaron el cántico prohibido. Se sucedieron las detenciones y esa misma noche, muy de madrugada, se alertó a Pujol para que se ocultara, ya que se daba por seguro que en los salvajes interrogatorios de la policía su nombre saldría tarde o temprano. Al parecer, a Pujol le asaltaron las dudas, pero su esposa, Marta Ferrusola, lo convenció con su firmeza: “Ahora es el momento de quedarse. Cuando nos casamos me dijiste que Cataluña podría pasar por delante de nosotros. Pues bien, ahora es el momento. Yo estaré a tu lado en todo, pero es ahora cuando



hemos de dar el do de pecho”(2). Una verdadera declaración de principios.

Dos días después, dos inspectores se presentaron a la 1:30 de la madrugada para llevarlo a la Jefatura de Policía, en donde hasta las siete de la mañana se le aplicó la táctica policial para lograr delaciones: los golpes. Pujol fue acusado de haber redactado, un poco antes de la visita del dictador, una octavilla *Us presentem el general Franco*: “El hombre que pronto vendrá a Barcelona, además de un opresor, es un corruptor”. El consejo de guerra se celebró un mes después. De la lista de abogados de oficio, todos militares, Pujol eligió al azar: un teniente joven que le aconsejó que se arrepintiera ante el tribunal para lograr una reducción de la pena: en vez de siete años, serían seis meses o un año a lo sumo. Pujol volvió a mostrar su fidelidad a sus principios y cuando el presidente de la sala le preguntó si quería añadir algo, manifestó pertenecer a una juventud “que se mueve por exigencias espirituales y en buena parte, y eso conforta, por imperativos cristianos” (3). A continuación se proclamó partidario “de una mayor libertad política y de una auténtica libertad sindical, y de una mayor libertad cultural”. Negó su participación en la autoría de la octavilla contra Franco, aunque reconoció su implicación en la campaña contra el director de *La Vanguardia Española*, al haber éste criticado a un párroco por predicar en catalán. Fue condenado a siete años de cárcel, de los que cumplió casi tres.

Su discurso de investidura como presidente de la *Generalitat* marcó la hoja de ruta de lo sería su

largo mandato: ruptura con la moderación que había adoptado Tarradellas, exaltación del espíritu nacionalista, dejando claro que el partido que lo representaba había ganado las elecciones, y énfasis en los agravios recibidos: “Cataluña es un pueblo agredido en su identidad”. Esta identidad, basada en el “hecho diferencial”, tenía que darse a conocer por doquier. Pujol fue el primero en viajar al extranjero como presidente de una comunidad autónoma, en su caso –algo que él nunca escondió- como supremo mandatario de una “nación”. El primer viaje, y en esto no había nada de “diferencial” con la católica España, lo realizó a Roma para una audiencia con el Papa. Una cuestión protocolaria enseguida mostró que su concepto de nación no iba a tener un camino fácil: “Embajador, ¿no sería posible colocar el banderín de Cataluña al otro lado, junto al de España?”, preguntó refiriéndose al coche que iba a llevarles al Vaticano. “Mire, la bandera que está acreditada en la Santa Sede es la de España, y me parece que no procede”, le respondió el embajador español (4). La audiencia con el Papa dura media hora, tiempo que Pujol aprovecha para hablarle de Cataluña, de su identidad, de su lengua y cultura propias. También para hacerle una petición: que en las saluciones que, con motivo de Navidad y Pascua, dirige desde el balcón de la Plaza de San Pedro, añada el catalán.

En 1982 el Papa Wojtyla visita España. “El Santo Padre, cuando llegue a Cataluña, tiene que darse cuenta de que los catalanes tenemos una realidad concreta, que somos un pueblo diferente, con nuestra lengua, cultura y tradición histórica, y tiene que

actuar de acuerdo con esto” (5). Pujol confía en que el Papa Wojtyla, que ha sido fiel a sus raíces polacas, ayude a los catalanes a mantener vivas las suyas. “Que la Madre de Dios nos ayude para que la visita del Papa sea una fuente de gracia y un reconocimiento de nuestra identidad como pueblo”, dice el abad de Montserrat por los altavoces mientras esperan su llegada al santuario catalán(6). Cuando por fin llega, con retraso, ya se sabe que no habrá misa por falta de tiempo. La alegría de los jóvenes nacionalistas, sin embargo, es intensa al oír al Papa pronunciar una salutación, muy breve, en catalán, alegría que se va esfumando a medida que sigue leyendo su discurso de siete folios en español: ni habla en catalán, ni reconoce a Montserrat como centro espiritual de Cataluña, ni menciona la realidad catalana. Pujol se da cuenta enseguida de que el sentido que él quería dar al viaje papal a Cataluña se lo han alterado: han ocultado la realidad catalana a Juan Pablo II. Y para colmo, cuando al final de su discurso el Papa quiere despedirse en catalán, apenas se le entiende ya que la docena de líneas que le han escrito en Roma no llevan acentos que faciliten una correcta pronunciación. Resultado: el Papa se detiene y da por concluida la homilía.

“Nunca se llegará a saber en toda su crudeza lo que Jordi Pujol sufrió con la visita del Papa a Montserrat, cuyo desarrollo interpretó como una afrenta del Episcopado español hacia Cataluña” escribe el periodista catalán José Antich en su libro “El Virrey”. Y todavía no había apurado su cáliz: el Papa, en Barcelona, habla de “la región catalana” y en una

plática en la Sagrada Familia se dirige a los fieles con estas palabras: “Queridos barceloneses y españoles todos”. En ningún momento durante su estancia ha pronunciado la palabra “Cataluña”.

El viaje del Papa a Cataluña muestra con claridad una de las características del nacionalismo: su desconexión con la realidad. Esperar que el máximo dirigente de la Iglesia Católica, es decir, “universal”, se dirigiera en catalán y hablara de una realidad catalana tal como la entendía Pujol, no era más que llamarse a engaño. Pero esto no les importa a los nacionalistas, inmersos en una tarea harto difícil: convencer al mundo de que levantar fronteras, del tipo que sean, está en sintonía con la modernidad. Ramón y Cajal escribía en 1934 refiriéndose al separatismo: “Semejante movimiento centrífugo, en momentos en que todas las naciones se recogen en sí mismas unificando vigorosamente sus regiones..., me parece simplemente suicida”. Esta unificación ha alcanzado, con la creación de la Unión Europea, unas cotas nunca vistas. Fueron muchos los españoles que creyeron, con la entrada de España en dicha Unión, que el problema del separatismo había pasado a la historia. ¿Cómo se podía imaginar que en un marco de convivencia en que los ciudadanos pueden viajar sin restricciones, estudiar y trabajar en cualquier país miembro, pero en el que, al mismo tiempo, sus gobiernos ven recortadas sus funciones en todos los campos, se quisiera formar un nuevo estado apelando a hechos diferenciales y al vano deseo de una mayor autonomía? Pero España ¡ay! está poblada por españoles “que somos incoherentes, indisciplinados,

apasionadamente localistas, amén de tornadizos e imprevisores. El *todo o nada* es nuestra divisa”. Con estas palabras ponía el dedo en la llaga Ramón y Cajal, quien, como ahora muchos españoles, ponderaba el enigma de los separatismos: “No me explico este desafecto a España de Cataluña y Vasconia” (9).

Sin duda el término “España” no abarca por entero la realidad multiforme de la Península. Bajo los Reyes Católicos el ideal castellano, religioso y guerrero, llevó sucesivamente a la unidad nacional, a la expulsión de los judíos, al descubrimiento y conquista de América, a las guerras religiosas. En los dominios españoles de Felipe II, donde “jamás se pone el sol”, el mito sobrevivió a la decadencia y a la ruina que había provocado, hasta elevarse a la categoría de “esencia”, tan admirada por algunos escritores del 98 (“que inventen ellos”, decía Unamuno). El país, repleto de iglesias, monasterios y hospitales, vive sumido en la pobreza, la superstición y la ignorancia. Sólo algunas regiones periféricas, Cataluña en particular, ponen en práctica los consejos de Jovellanos: el comercio y la industria son los pilares de la prosperidad. Mientras que en Castilla la Vieja existía un título nobiliario por cada tres habitantes, en Cataluña la proporción era de un 0,33%. Gracias a su laboriosidad, Cataluña era a fines del siglo XIX la región más rica y adelantada de España. Gozaba de una protección arancelaria que le permitía vender sin competencia en el resto de España, pero también había malestar por sentirse mal gobernada y tener que sufrir la ineficacia de una política centralista. Esta fue, en sus comienzos, la sustancia del problema nacionalista. El viraje hacia el

independentismo vino después, en medio de la irritación. Con la pérdida de las últimas colonias –y la consiguiente desaparición de importantes mercados– los nacionalistas encontraron una razón más para “soltar amarras”. Por otra parte, alrededor de 1900 el tema de la “raza humana” se convirtió en objeto de numerosos estudios, uno de ellos el “Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas”, de Gobineau (1816-1882), teorías racistas que no pasaron desapercibidas entre los nacionalistas vascos y catalanes. El Dr. Bartolomé Robert, alcalde de Barcelona, que “anuncia al mundo la superioridad craneana de los catalanes” (10) fue un exponente conspicuo de tal desvarío, al que se le añadió otro: el odio hacia lo español. Prat de la Riba arremete contra lo que considera “la monstruosa bifurcación del alma catalana”, es decir, sentirse a la vez catalán y español: *“Aquesta obra, aquesta segona fase del procés de nacionalització catalana, no la va fer l’amor, com la primera, sinó l’odi”* (11). Y este odio hacia lo español, sigue, desgraciadamente, vigente en el nacionalismo más exacerbado de comienzos del siglo XXI. Pujol, la figura determinante de la política catalana después de Franco, es, según Boadella, uno de los principales responsables: “Pujol ha sido lo peor que le ha ocurrido a Cataluña en los últimos 400 años”. En cualquier caso su ambigüedad respecto a España y Cataluña estaba fuera de toda duda: ¿era independentista? ¿no lo era? En Madrid decía una cosa; en Barcelona, otra. Su máxima era la de Cicerón: “No hemos de decir siempre lo mismo, sino proponernos siempre lo mismo”, y en una entrevista al diario *Avui* en agosto de 1993 hacía presagiar la

situación actual: “Ahora ya es evidente que el Estado de las autonomías, con la interpretación que finalmente se ha hecho de la Constitución y del Estatuto, no nos va (...) Naturalmente, el hecho catalán persistirá y el nacionalismo catalán también, es probable que vaya a más y quizás podría radicalizarse. Y en algún momento de la historia, volverá a presentarse lo que reclamamos” (12). Ese momento de la historia -creen ahora los nacionalistas, con Pujol a la cabeza- ha llegado: la independencia está, por fin, a la vista. El espíritu conciliador de Tarradellas, que no dejaba pasar la menor oportunidad sin aludir a su firme propósito de hacer España con Cataluña, ya no sirve: hay que estar todos aparte antes que formar parte de un todo; hay que luchar contra el proceso que nos conduce a ser ciudadanos de una comunidad global bajo la bandera de la democracia política, respeto a los derechos humanos y libertad personal; hay que seguir, en definitiva, la llamada de la tribu. Karl Popper señaló que el comienzo del progreso y la civilización se dio con la soberanía e independencia del individuo. Los nacionalistas postulan un valor distinto: la nación, que debe prevalecer sobre cualquier derecho individual. El problema es cómo inculcar esta ideología en una población, la catalana que, como las del resto de España, tiene preocupaciones más perentorias -llegar a fin de mes con las necesidades educativas y sanitarias cubiertas- y que además, por su origen, tiene vínculos de todo tipo con otras partes de España. Según la RAE, nación es “conjunto de personas de un mismo origen y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición

común”. De estas tres condiciones en Cataluña no se da ninguna. Sobre el origen, Arthur Mas dijo en 2014 que el 70% de los catalanes o ha nacido fuera de Cataluña o tiene uno de sus padres también de origen no catalán; las tradiciones son tan diversas como los lugares de procedencia –la sardana, una de las más representativas, se debe a un inmigrante andaluz del siglo XIX-, y en cuanto al idioma, hay dos, uno de ellos, el castellano, mayoritario.

¿Cómo lograr que en el siglo XXI, dentro de la Unión Europea, todo ese núcleo social con lazos tan fuertes con otros ciudadanos de España, abogue por una independencia que resultaría, en el mejor de los casos, altamente traumática, pues vulneraría los artículos de la Constitución citados anteriormente? Una vez lanzados por la pendiente del separatismo, a los nacionalistas no les quedaba más que un camino: tergiversar la realidad - histórica, económica, de todo tipo-. De la misma manera que, como señala García Trevijano, un sistema político como el español, sin separación de poderes, sin democracia verdaderamente representativa, lleva inexorablemente a la corrupción, la deformación de la realidad se convierte en la compañera inseparable de los nacionalistas desde el momento en que apuestan por la independencia.

**La historia-ficción.** Así calificó Julián Marías los esfuerzos de los nacionalistas vascos y catalanes en desligarse de España: “Los nacionalismos –escribiéron- nacen de una aversión a la estructura nacional de España, y su último deseo es desarticularla y desvirtuarla. Son recientes, se remontan



aproximadamente a un siglo, no existieron en toda la larga historia de nuestro país, que, por supuesto, desconocen o niegan o alteran” (13). Este es el caso de Artur Mas cuando en una carta publicada en periódicos extranjeros, en septiembre de 2013, mantiene que Cataluña perdió su soberanía en 1714. El presidente de la *Generalitat* está tergiversando la historia: Cataluña perdió su estructura institucional independiente, su moneda, aduanas y sistema fiscal propio, además de que su idioma dejó de ser el único oficial, pero, como parte de la Corona de Aragón, jamás tuvo soberanía en el sentido moderno, que es justamente el que Mas quiere transmitir a sus lectores extranjeros. Los nacionalistas, en cada *Diada* del 11 de septiembre, conmemoran la caída de Barcelona, ofreciendo ramos de flores a la memoria de su heroico defensor, Rafael Casanova, a quien quieren presentar como un patriota catalán luchando contra el opresor español. Tal es la manipulación que una descendiente directa del *conseller en cap*, Pilar Casanova, ha tenido que denunciar que “tergiversen y adulteren la historia de España” y que sometan la figura de su antepasado a una “burda manipulación histórica (...) Rafael de Casanova era un patriota español, toda mi familia defendió siempre la unidad de España”. Lamenta profundamente que personas a las que les mueve “un profundo odio a España y un desprecio absoluto por la historia utilicen el nombre de Casanova para fines separatistas”. Doña Pilar lanza un desafío a los nacionalistas, un desafío imposible de aceptar: leer el bando que su antepasado hizo llegar a los barceloneses el día 11 de septiembre de 1714: “Salvar la libertad del Principado y de toda España;

evitar la esclavitud que espera a los catalanes y al resto de los españoles bajo el dominio francés; derramar la sangre gloriosamente por su honor, por la Patria y por la libertad de toda España” (14).

Con la crisis económica ha tomado renovado vigor una antigua acusación, que ha pasado de ser explotación económica a robo: “España nos roba”, con toda la delicadeza que tal expresión encierra, se ha convertido en síntesis, junto con la “falta de respeto” hacia el idioma catalán, de todos los agravios perpetrados contra Cataluña. Ya se sabe que el nacionalismo se mueve por sentimientos, muchas veces de baja estofa, y que no hay que esperar un análisis lógico de la realidad. ¿Cómo se puede hablar de opresión hacia una región que, hasta la llegada de Pujol al poder, gozaba de la renta per cápita más alta de España? Ramón y Cajal ya hablaba de “la prosperidad inaudita de Cataluña”, refutando al mismo tiempo la crítica de que ella se debiera a los aranceles protectores de su comercio. En dicha prosperidad “han intervenido también primordialmente las excelentes cualidades de los catalanes: laboriosidad infatigable, espíritu de ahorro, carácter emprendedor”, aunque no pasaba por alto que también eran “las provincias más mimadas y privilegiadas por el Estado”. Cuando estas provincias “echan en cara su centralismo avasallador” a Castilla, “la eterna abandonada por reyes y gobiernos”, exclama: “¡Qué sarcasmo!” (15).

“Y no se me oculta que lo mejor del pueblo vasco, catalán y de otras regiones comparten tan nobles sentimientos. Pero ¿los comparten las masas fanáticas

de las mismas y los avispados caciques que las sugestionan? (...) Cada día aparecen síntomas menos tranquilizadores. Descuellan entre ellos la catalanización de la Universidad; los ultrajes reiterados a la sagrada bandera española; las manifestaciones francamente antifascistas, pero en realidad francamente separatistas con los consabidos mueras a España, por nadie reprimidos... A tan fundadas alarmas responden los catalanes con la frase estereotipada de *incomprensión*. Y nos prometen atenerse estrictamente a la letra y al espíritu de la Constitución y del Estatuto concedido por las Cortes (...) También los catalanes necesitan para fundamentar sus juicios situarse a espaldas de la Historia. Castilla no expolió jamás al Principado (...) Es obvio que tarde o temprano lograrán los nacionalistas sus propósitos secesionistas, dado que cuentan con imponente mayoría en los comicios y la borreguil paciencia de los españoles unitarios (...) A pesar de todo lo dicho, esperamos que en las regiones favorecidas por los Estatutos prevalezca el buen sentido, sin llegar a situaciones de violencia y a desmembramientos fatales para todos. Estamos convencidos de la sensatez catalana, aunque no se nos oculta que en los pueblos envenenados sistemáticamente durante treinta y cuatro años por la pasión o fascinados por prejuicios seculares, son difíciles las actitudes ecuánimes y serenas”.

Difícil dar una imagen más certera de la situación al comenzar el siglo XXI: “avispados caciques” que envueltos en la *senyera* han amasado enormes fortunas, mientras fanatizaban a las masas;

“catalanización de la Universidad”, en donde cada vez se encuentran más trabas para estudiar y enseñar en español, con su consiguiente empobrecimiento; “ultrajes” a los símbolos de la nación con especial fuerza en los grandes acontecimientos deportivos como las finales de copa entre el Barca y el Atlético de Bilbao; “juicios a espaldas de la Historia”, de los que sólo se ha mencionado un par de ellos; la dificultad de que prevalezcan las “actitudes ecuanímes y serenas en los pueblos envenenados sistemáticamente...” por una prensa subvencionada y una televisión pública, TV3, que es un órgano servil de la *Generalitat*. Y todo ello ante la “borreguil paciencia” de todos los gobiernos, acusados por los nacionalistas de *incomprensión*, que se han sucedido en Madrid desde la Transición. Lo extraordinario de esta fiel descripción de la realidad actual es que fue hecha hace casi cien años por Ramón y Cajal en su obra antes citada. El independentismo es relativamente reciente, como señaló Marías, pero ha echado raíces que han sobrevivido el paso del tiempo. Los nacionalistas, mayoría en el Parlamento catalán, se han metido en un laberinto del que no existe salida: la independencia dentro de la legalidad es imposible, y aunque la Constitución española, a diferencia de todas las de nuestro entorno, que tampoco admiten el llamado “derecho a decidir” sobre la soberanía, permitiría, en teoría, una reforma que llevara a un hipotética consulta, que además se haría a todos los españoles, en la práctica se requieren unas mayorías en las Cortes que jamás se darán. Como dijo Renán: “Una nación no tiene el derecho de suicidarse”. El único medio para los nacionalistas de ver realizado su

sueño es la declaración unilateral de independencia. José Luis Sáenz-Messía, en su *Goodbye, Spain*, (crónica de 2015) anticipa de forma muy verosímil lo que puede suceder entonces: la intervención del Ejército para evitar desórdenes mayores. Dejando aparte tan funestos presagios, ¿qué porvenir le esperaría a una Cataluña independiente sin el acuerdo del gobierno español? En primer lugar saldría de la Unión Europea y, en la práctica, del euro. Ambas certezas fueron negadas sistemáticamente por los dirigentes nacionalistas, empeñados en no querer ver la realidad. “Europa estará acabada, si expulsa a siete millones de ciudadanos”, exclamaba el consejero de Presidencia de la *Generalitat*, Francesc Homs, considerado el principal ideólogo del proceso soberanista. Un dislate que muestra de forma meridiana la desconexión con la realidad que aqueja a las mentes nacionalistas. Un castigo terrible, nada menos que el final de su unión, sobrevendría a cientos de millones de europeos si se insiste en que se respeten sus tratados fundacionales, sustentados en el mero sentido común. España entró a formar parte de la UE tras mostrar sus credenciales democráticas encarnadas en su Constitución de 1978. Los nacionalistas dicen ahora que esa Constitución ya no les va y que quieren formar un nuevo estado. ¿Cómo serán sus nuevas leyes? La única manera de saberlo es promulgarlas y presentarlas a los organismos competentes. Y mientras tanto, fuera de la Unión. Puro sentido común, pero ni éste ni las repetidas advertencias en ese sentido de los máximos dirigentes de la UE parecían convencer a Mas, quien tardó semanas en reconocer, por primera vez en un

medio italiano, que sí, que Cataluña, en caso de independencia, quedaría fuera de la UE. Este reconocimiento sentó muy mal a Oriol Junqueras, quien desde Bruselas amenazó con “parar” durante una semana la economía catalana. En una antología de disparates nacionalistas, este chantaje-amenaza tendría lugar de honor. Ni siquiera pudo pasar las tragaderas, amplias que son, de otros mandatarios catalanes: “no tiene cuatro dedos de frente”, le espetó Duran Lleida; “la economía catalana no puede parar ni dos horas”, el *conseller de Empresa i Ocupació*. Produce escalofríos pensar lo que ocurriría en una Cataluña independiente con Junqueras de presidente. Haría bueno a Artur Mas, lo cual no deja de ser difícil, pues los dislates de éste van desde comparar la emancipación de los negros en Estados Unidos con la “defensa de la libertad” en Cataluña, hasta felicitar la Navidad con una tarjeta-reproducción de un cuadro del asedio a Barcelona en 1705. Su mano derecha, Homs, no le va a la zaga: “Cataluña tendrá en 2014 la oportunidad de redimir la derrota sufrida trescientos años antes, en 1714” (“¡Qué largo me lo recordáis!”, hubiera dicho el Tenorio)

Una oportunidad que, caso de realizarse, sería nefasta para la economía por la inseguridad jurídica que generaría la salida de la UE y del euro. Así lo advertía en febrero de 2014 un manifiesto contra el proceso soberanista firmado por unos 60 directivos y profesionales de empresas extranjeras, en su mayoría alemanas, ubicadas en Cataluña. Esto no era nada nuevo: lo habían advertido numerosos economistas dentro y fuera de España, y si lo traigo a colación es

para mostrar el empeñamiento y la falta de cordura de los independentistas: en lugar de refutar esas previsiones con argumentos, el diputado en el Congreso por ERC, Joan Tardá, acudió a la descalificación y al insulto: “Es penoso que directivos de empresas alemanas, enriquecidas gracias al nazismo y cómplices de millones de asesinatos, critiquen el nacionalismo catalán”.

Tras una declaración unilateral de independencia, que, repito, es el único medio de lograrla, Cataluña tendría que esperar años antes de presentar su candidatura de ingreso en la UE, que podría ser vetada por cualquiera de sus países miembros. Ni siquiera su entrada en la ONU estaría asegurada, pues de los cinco países del Consejo de Seguridad con derecho a veto, dos, Rusia y China, tienen sus propias amenazas de secesión, Chechenia y Tibet respectivamente, por no hablar de Francia, muy poco inclinada también a soportar lo que Ramón y Cajal llamaba “bromas autonomistas”. ¿Ha hecho un porvenir tan oscuro en lo económico y en lo legal recapacitar a los dirigentes nacionalistas? Muy al contrario: la *Generalitat* organiza un ciclo de conferencias con el título de “España contra Cataluña”. Otro ejemplo, como el “España nos roba”, de *seny* y delicadeza. De los comentarios que tan burdo título ha suscitado, me limitaré a citar los de un historiador de prestigio indiscutible: John H. Elliot: “No vale la pena ni hablar (...) es un disparate”.

La salida del laberinto, unos meses antes de septiembre de 2014, sigue estando oculta.

## NOTAS

- 1) Josep Tarradellas. Citado en “España en horas bajas”, de Pedro Muñoz, pág. 347.
- 2) José Antich. *El virrey*, pág. 31.
- 3) *Ibíd.*, pág.32.
- 4) *Ibíd.*, pág.54.
- 5) *Ibíd.*, pág.61.
- 6) *Ibíd.*, pág.62.
- 7) *Ibíd.*, pág.65.
- 8) Santiago Ramón y Cajal. *El mundo visto a los 80 años*, pág.15.
- 9) *Ibíd.*, pág.118-122.
- 10) Ramón Menéndez Pidal. *Los españoles en la Historia*, pág.142.
- 11) Julián Marías. *Cinco años de España*.
- 12) Revista *Época*, 15 de noviembre de 1993.
- 13) Julián Marías. Citado en *Los nacionalismos en horas bajas*, pág.402.
- 14) *Libertad Digital*, 10 de septiembre de 2013.
- 15) Ramón y Cajal, obra citada, pág. 114-122.

## Bibliografía

- Santiago Ramón y Cajal. *El mundo visto a los 80 años*. Madrid. Espasa Calpe, 1941.
- García de Cortázar y González Vesga. *Breve Historia de España*. Madrid. Alianza Editorial, 1994.
- José Antich. *El virrey*. Barcelona. Ed. Planeta,1994.
- José Luis Sáenz-Messía. *Goodbye, Spain*. Ed. Círculo Rojo, 2012.
- Pedro Muñoz. *España en horas bajas*. Madrid. Brand Ed., 2000.
- Julián Marías. *Cinco años de España*. Madrid. Espasa-Calpe, 1982.
- John Hooper. *Los españoles de hoy*. J. Vergara, ed. Madrid,1987.